

Poesía de Delia Domínguez

ANTONIO CAMPAÑA

El desarrollo de la poesía femenina chilena ofrece un cuadro de continuidad, de relación creadora que no siempre ha sido apreciada con claridad por el ejercicio crítico. Esto se ha hecho más evidente a partir de las promociones actuales, la de aquellos poetas que irrumpen en el panorama nacional en el año 1938. El alto registro epocal que alcanzan las generaciones mayores con Gabriela Mistral, María Monvel y Winett de Rokha, oscurece la visión de la crítica sobre las nuevas representantes, las que muestran nombres valiosos, con vocaciones vividas que agregan nuevas realizaciones a la historia de nuestra poesía femenina.

Existe, entonces, un encadenamiento lógico que, a través de las épocas, se desplaza hasta el presente en un flujo que en algunos poetas se da a conocer por medio de un temperamento renovador que insiste en modificar y ampliar la realidad del proceso creador. Aun cuando toda síntesis puede caer en el defecto de ser parcial, en que una inclinación procura dejar sentadas sus preferencias, es evidente que el hecho ocurre, que hay una realidad que lo suscita, que no es sólo un estado de ánimo. Quien someta a revisión las obras poéticas de estas décadas y los cuadros antológicos que comienzan a formarse a raíz de ciertas compilaciones que se publican alrededor del medio siglo, como ser: *Cuarenta y un Poetas Jóvenes de Chile*, de Pablo de Rokha, y *Poesía Nueva de Chile*, de Víctor Castro, tendrá que convenir con esta situación. Ricardo Latcham, en su *Carnet Crítico*, con su penetrante visión, le concede a la nueva poesía femenina chilena un desenvolvimiento extraordinario. Este desarrollo, esta abundancia de conjunto que observa el crítico, se forma, como hemos dicho, por la ejecución de trascendentes obras individuales. Los poetas que comienzan a aparecer en 1950, así como los que lo hacen más adelante, aportan significaciones impor-

tantes. Es un período que necesita ser interpretado, clasificado y valorado por la especialidad crítica.

Delia Domínguez, desde la aparición de su primera obra, integra su poesía, la riqueza de su temperamento, a este cuadro de la poética femenina chilena, en el cual toma un lugar original y destacado. Es la suya una obra que adquiere razón de ser por sí misma, que trae elementos sustantivos de la realidad del ser nacional, recreados desde sus fuentes, inclinaciones o costumbres, con un lenguaje coherente y poderoso.

Delia Domínguez nace en Osorno, esto es: viene del sur de Chile, situación que se va a reflejar en toda su obra. El frío del sur, la lluvia, el viento y el paisaje vegetal y volcánico de la región, se incorporan al dramatismo que integra su poesía, se posesiona de su lenguaje, surte sus iluminaciones, la conducta de su soledad que quiere acercamientos humanos para integrarse, "su apostura de enérgica paloma de los montes", como la define Neruda en el prólogo a *El Sol Mira para Atrás*.

La bibliografía de la autora anota los siguientes libros: *Simbólico Retorno*, 1955; *La Tierra Nace al Canto*, 1958; *Obertura Siglo XX*, 1961; *Parlamentos del Hombre Claro*, 1963; *Contracanto*, 1968; *El Sol Mira para Atrás*, 1977; y *Pido que Vuelva mi Angel*, 1982.

Kafka consideraba que la poesía, en oposición a la prosa que es goce que alivia la vida, era, finalmente, plegaria. Tal vez porque plegaria no es otra cosa que suplicar por lo que se adora. Pero, ¿qué es lo que se adora? Pues lo que se ama, lo que se necesita para vivir enraizado, en función del otro, el que sigue el curso de su indespegable realidad. En Delia Domínguez esta necesidad de pertenecer al medio que influencia su infancia y la participación de éste en los sentimientos humanos determina el valor, la significación de su arte. Estamos, pues, frente a una poesía que no es una simple descripción de una presencia tomada del exterior ni tampoco de una costumbre de vivir sino, por el contrario, la de una posesión que la vida le ha entregado para bien o para mal y que el poeta recibe, enjuicia y acepta. Una poesía que es una larga plegaria no exenta de rupturas, de rebeldías, de preocupaciones por la suerte del ser.

Otra de las fuentes es el paisaje. El paisaje adquiere en la poesía de Delia Domínguez ciertas singulares resonancias. Son las huellas de la arquitectura de la naturaleza que se plasman y toman pertenencia en sus modos de referir. No es una recreación del paisaje con el propósito de acomodarlo a la necesidad de una expresión poética. No, no es justamente eso. Esta poesía va más allá: si bien el paisaje ha enlazado su

canto a una realidad dramática determinada, no la hace tomar el centro de su flujo ni se transforma en su identidad sino en una parte de ella. El paisaje atraviesa, es cierto, el temblor lírico, empapa su curso, determina una forma de percepción en su visión humana, pero no se constituye en el río sino en las aguas que en el camino se allegan y aumentan su cauce. Es sólo un trozo de la materia que el poeta utiliza para indagar los hechos de su existencia, una parte del coro de la realidad practicante que ejercita. Subyace en su poesía una insistencia por asirse del lugar, de las esencias naturales, como lo han sido en Neruda, en Vallejo y otros importantes poetas. Pero las esencias acentúan aquí su condición de estar al servicio del hombre, agudo, dramático ser en fruición, sujeto a exploraciones que intentan hallar la explicación del suceso que significa vivir en la indagación, en el reconocer una propiedad que fluya peligrosa, dolorosa, perforante. Si la utilización del paisaje en la obra de arte ha sido una conquista del romanticismo, en la poesía de Delia Domínguez, como en muy pocos casos en la poesía femenina chilena, su identificación al medio toma tonalidades que trascienden esta situación, que hacen de su mundo un adentro cuestionado por la existencia exterior que lo atraviesa. Es un poco lo que quería Unamuno: buscarse para instalar otra realidad que, de ahí en adelante, será necesario oír y contemplar.

Con la poesía de Delia Domínguez sucede, en buenas cuentas, lo que ha sido una razón de ser poética en Dylan Thomas. En efecto, ella quiere instalar su poesía en una estancia de rehabilitación de la suma poética: el hombre y su mundo. El poeta galés, que se vio entre los fuegos que producían tanto Pound como Eliot, por un lado, y los poetas que reaccionaban contra ellos, como Auden, por ejemplo, sigue dicho curso: el de la poesía que glorifica la vida, en que todo otro problema que no se refiera a ella aparece subalterno. Delia Domínguez, por su concepción general del arte, se acerca a estos lineamientos y trata de obtener la conquista de su tiempo y postula la generosidad, el vínculo revelador que nace de la alegría y la indigencia del existir. Ella nos dice: "Esa risa que fuimos perdiendo/ cuando nos vendaron los sueños/ para que creciéramos/ más tranquilos, más ciegos". El poeta sorprende hilos que la frivolidad mantiene en destierro pues conoce "todas las jugadas de la vida/ y todas las jugadas de la muerte". Otras veces propugna una fraternidad que es donación total: "yo pretendía allegar ovejas a mi rebaño/ y que alguien me secara una lágrima/ o me pescara del cuello/ en un gesto de amor diciendo:/ cuenta conmigo,

pajarito./ suénate con mi pañuelo". Es que, como una constante, el poeta pretende la aprehensión total del mundo.

Esta poesía enlaza, también, otros testimonios: una extraña fuerza terrestre, un vigor en la palabra poética que procura establecer evidencias que no pueden ser negociadas. La autenticidad se expresa con un brío imperativo: es sorprendida y se transmite mediante signos y palabras que someten con su impulso justo y afilado. Se acercan a ciertas improntas que se encuentran en la expresión poética de la Mistral, profesan una real grandeza, un desbordamiento vigoroso en el sentimiento. Es la palabra pura, desnuda, que levanta el hacha sobre las máscaras agónicas de algunas formas del lenguaje. Busca, como la autora de *Tala*, la energía y desecha las tenues expresiones.

Cierta ligazón mágica, proclive al conjuro que se afina en su obra, es otra de las manifestaciones importantes en la poesía de Delia Domínguez. La vinculación del ser poético con palpables formas del sueño mágico que producen algunas zonas de nuestra naturaleza rinde culto a las potencias desconocidas. Es un campo que se presenta como un gesto encajado por la vida entre nuestras pertenencias. El poeta sabe que a la vida no se llega ni demasiado temprano ni demasiado tarde sino cuando la realidad se encarga de ello y la acepta con todas sus consecuencias, tanto en el juego de una vivificación peligrosa como en el juego mágico que ella desarrolla. Explica el poeta: "La Ester dijo que era malo/ barrer la sal que cae en el piso/ porque los escobazos llaman a los muertos". Y en otra parte: "Ella vio que le salía fuego por la boca/ y que el novio maldito/ le tiró la peste en una pera de agua".

El poeta, que es quien tiene la facultad de ver las cosas en su orden natural, esa fuente fascinante que sobrecoge, que asombra, cumple su reponsabilidad sin limitaciones en la obra de Delia Domínguez. Su poesía, aún en pleno período de proyección, alcanza, no obstante, una situación importante en el panorama de la poesía femenina chilena. Tal vez porque ha buscado las esencias, la naturaleza del ser del hombre y de su alrededor. Es el camino señalado por Hölderlin: "ser uno mismo./ Eso es la vida, y nosotros, los otros, somos ensueños de aquella". De lo que no cabe duda es que Delia Domínguez ha sabido ser ella misma y, por tanto, la fuente de su expresión reveladora.